

LAUDATIO DEL DOCTORANDO CARLOS MANUEL ÁLVAREZ RODRÍGUEZ QUE PRONUNCIA LA DOCTORA MARÍA JOSÉ DE LA TORRE MOLINA EN APOYO DE LA PETICIÓN DE CONCESIÓN DEL SUPREMO GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Con la venia,

Excelentísimo Sr. Rector Magnífico, Ilustrísimos señores Vicerrectores,
Directores de Secretariado, Decanos y Directores de Departamento; Claustro de
Doctores de la Universidad de Málaga; Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades;
señoras y señores:

La generosidad del Excmo. Sr. Rector, así como de mis compañeros del Consejo
de Departamento de Ciencias Históricas y de la Facultad de Filosofía y Letras, a quienes
represento, me brinda la oportunidad de hacer la *laudatio* y solicitar la venia para que le
sea otorgado el supremo grado de Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Málaga a
D. Carlos Álvarez Rodríguez, por su dilatada y exitosa carrera y por su extraordinaria
aportación a la música.

El acto al que asistimos hoy posee una elevada significación cultural: la solicitud
para un intérprete del más elevado grado académico que otorga la Universidad. En el
caso de la Universidad de Málaga, si el Excmo. Rector lo tiene a bien, se tratará de la
primera vez que se distinga a un músico con el título de Doctor *Honoris Causa*. Sin
duda, un hito sobresaliente en un camino, labrado con esfuerzo, que está haciendo
posible la presencia de la música en nuestra Universidad, a través de la Musicología,
que cuenta con asignaturas en distintos grados y másteres y que está presente en el
Programa de Doctorado de Estudios Avanzados en Humanidades, de la Facultad de
Filosofía y Letras.

Resulta difícil negar la ubicuidad de la música en la sociedad actual. La música
nos acompaña en nuestras actividades cotidianas. Es componente esencial,
imprescindible, de variadas formas de ocio, de nuestras reuniones con familia y amigos,
del teatro, del cine, de la televisión, de nuestros momentos de soledad... La música nos
emociona, nos deleita y nos eleva. La reflexión sobre los efectos que la música provoca
en el alma humana fue una de las cuestiones que alentaron la actividad de los primeros
pensadores occidentales. La especial relación existente entre la música y el alma, basada

en la identidad ontológica existente entre ambas instancias, ya fue subrayada por la Escuela Pitagórica. Los filósofos de la Antigüedad Clásica, en especial Platón y Aristóteles, se afanaron en explicar por qué, de entre todas las artes, la música es la que tiene mayor capacidad para emocionar a los seres humanos. Hoy en día esta inquietud continúa vigente y constatamos que la música es un elemento que vertebra nuestra identidad y las relaciones que mantenemos con los demás. En suma, la música vertebra nuestra realidad. Por eso, no puede ser tenida por un mero deleite. La música es, también, conocimiento, según Platón, la música es una *sophia*, una suprema forma de sabiduría.

A veces escuchamos que la música debe entrar en la Universidad. Pero la realidad es que la música ha sido parte de la Universidad desde que la Universidad existe. La posibilidad de explicar en términos matemáticos las relaciones existentes entre los sonidos y la posibilidad de aprovechar su estudio para el mejor conocimiento del ser humano y de su realidad circundante justificaron su inclusión en el *Quadrivium*, junto con la Aritmética, la Geometría y la Astronomía, aunque siempre en estrecha conexión con las materias del *Trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica). La concepción de la música como una ciencia y como un saber transversal estuvo bien instalada en el pensamiento medieval. San Isidoro de Sevilla, patrón de las facultades de Filosofía y Letras, afirmó: “sin la música, ninguna disciplina puede ser perfecta, puesto que no puede existir nada sin aquélla”. La música también fue parte esencial del sistema universitario español desde sus inicios: en 1218, Alfonso X dotó a la Universidad de Salamanca de una de las primeras cátedras de música creadas en el mundo. Esta cátedra continuó existiendo hasta el siglo XVIII y se recuperó, ya en el siglo XX, como cátedra de Musicología.

En la España de la década de 1980, fueron las disciplinas relacionadas con la Historia de la Música las que definieron epistemológicamente el área homónima. La actividad universitaria del área de Música, a la que pertenezco, vivió una enorme expansión a partir de la creación de las primeras Licenciaturas en Musicología (llamadas, más adelante, de Historia y Ciencias de la Música). Paralelamente, las áreas de Música de las distintas universidades se incardinaron definitivamente en las Humanidades y en los departamentos de Historia, en sus variadas especialidades. Esta renovada vitalidad también propició la renovación de la Musicología como disciplina académica. En vez de ocuparse en exclusiva de la mal llamada música “clásica”, se abrió a otros repertorios, y, en vez de prestar atención únicamente a los creadores y a

sus obras, comenzó a concebir la música como proceso, un proceso en el que intérpretes y público son agentes determinantes.

Pero el interés por la música no es privativo de la Musicología. Otras muchas áreas del saber, bien imbricadas en la Universidad, han hecho del sonido un campo de estudio preferente. En la propia Universidad de Málaga, además de otros compañeros de Humanidades, son varios los investigadores de Arquitectura, Bellas Artes, Ciencias, Comunicación, Derecho, Económicas, Educación, Informática, Ingenierías, Medicina, Psicología, Telecomunicaciones y Turismo que dedican tiempo y esfuerzo a conocer mejor esta realidad, poliédrica y compleja. Son estos intereses, compartidos, los que emparentan a universidades y conservatorios y probablemente los que evidencian, de manera elocuente, tanto la necesidad que la Universidad siente de integrar a los conservatorios superiores en su estructura, como los beneficios –mutuos– que se obtendrían de dicha integración. Una certeza y un deseo que no hacen menos complicada la empresa, máxime cuando ésta ni depende de una única universidad, ni mucho menos de un centro en concreto. En cualquier caso, el acto que estamos celebrando aquí evidencia la proximidad y el reconocimiento de la Universidad de Málaga hacia las enseñanzas artísticas superiores y el empeño de este Equipo de Gobierno, del que tengo el honor de formar parte, por promover espacios de encuentro que sean argumentos y bases sólidas para una futura integración.

La propuesta presentada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga es un reconocimiento a los muchos méritos, actitudes y valores del candidato. Méritos, actitudes y valores que, como intentaré poner de manifiesto, no son ajenos a los que se consideran ideales en un investigador y docente universitario.

Quiere premiarse, en primer lugar, a un artista de enorme talla y prestigio. Carlos Álvarez es uno de los cantantes más emblemáticos de la lírica internacional. Un barítono de timbre robusto, intenso, y a la vez, refinado y aterciopelado. Un cantante de gran talento, con una singular capacidad para emocionar al público, porque a sus excepcionales cualidades vocales une su cuidado trabajo actoral, en el que destaca su expresividad y su perfecto dominio del movimiento escénico. Es, en suma, un intérprete que satisface a la perfección las enormes exigencias que, como obra de arte total, plantea el espectáculo operístico.

Me resultaría imposible hacer aquí una enumeración exhaustiva de todos los papeles que ha interpretado y de todos los escenarios en los que Carlos Álvarez ha actuado a lo largo de su carrera. Entre su debut, en abril de 1989, en el Teatro Cervantes de Málaga, hasta su última actuación, hace unos pocos días, en la Wiener Staatsoper, el Teatro de la Ópera de Viena, Carlos Álvarez ha conseguido ser un intérprete habitual y unánimemente aplaudido en los templos operísticos del mundo: en el Metropolitan de Nueva York, en La Scala de Milán, en el Teatro Real de Madrid, en la Royal Opera House de Londres, en el Teatro Colón de Buenos Aires, en L'opéra Bastille de París y en el National Theatre de Tokio. El año que viene actuará en el último gran teatro que le quedaba, el de la Ópera de Sidney.

Carlos Álvarez ha trabajado con grandes artistas y profesionales de las artes musicales y escénicas. Ha compartido escenario con cantantes de la talla de Plácido Domingo, Leo Nucci y Montserrat Caballé. Ha estado a las órdenes de directores como Zubi Mehta, Lorin Maazel, Sir Colin Davis, Georg Solti, Gustavo Dudamel, Maurizio Benini, Seiji Ozawa, Riccardo Muti, Jesús López Cobos y James Levine, y de directores de escena tan conocidos como Emilio Sagi, Werner Herzog, Carlos Plaza, Gerardo Vera, Lluís Pascual y Carlos Saura.

Carlos Álvarez es un especialista mundialmente reconocido en el repertorio verdiano. Domina todas las grandes óperas de Giuseppe Verdi: *La Traviata*, *La Forza del Destino*, *Otello*, *Giovanna d'Arco*, *Luisa Miller*, *Ernani*, *Il Trovatore*, *Un ballo in maschera*, *Macbeth*, *Don Carlo*, *Rigoletto* y *Falstaff*. Por esta última, recibió en 2006 el Grammy a la mejor grabación de ópera en directo. También son elogiadas sus interpretaciones de Mozart, especialmente, *Il barbiere di Siviglia*, *Le Nozze di Figaro* y *Don Giovanni*, y no faltan en su trayectoria obras del canon operístico como *Andrea Chénier*, de Umberto Giordano; *La Favorita*, de Gaetano Donizetti; y las celeberrimas *Tosca* y *Madame Butterfly*, de Giacomo Puccini.

A pesar de que la mayor parte de su carrera profesional se ha desarrollado en el extranjero, Carlos Álvarez es un apasionado de la ópera española y de zarzuela. Considera que los cantantes españoles tienen la responsabilidad, incluso la obligación, de preservar y poner en valor este repertorio. Es este un empeño que Carlos Álvarez comparte con la Musicología hispana y en el que ha actuado como el último eslabón de lo que, con todo rigor, podemos denominar transferencia de conocimiento. En este sentido fue muy reconocida su labor en las óperas *Ildegonda*, de Emilio Arrieta, y

Merlín, de Isaac Albéniz. Esta última le valió en 2001 un Grammy latino. Su compromiso con la música escénica española también se ha sustanciado en brillantes interpretaciones en montajes de creaciones tan conocidas como *La del manojo de rosas*, de Pablo Sorozábal; *Jugar con fuego*, de Barbieri; *Luisa Fernanda* y *La Marchenera*, de Moreno Torroba; y *El gato montés*, de Manuel Penella. Aunque quizás donde este compromiso queda explicitado de manera más firme es en la inclusión de fragmentos de zarzuela en sus recitales, por voluntad propia y como regalo final al público asistente. Un regalo que contribuye a actualizar y mantener vivo uno de los elementos más destacados de nuestro patrimonio cultural.

Al escuchar esta relación de logros, que, pese a no ser exhaustiva, es realmente impresionante, alguno de los congregados aquí podría pensar que los méritos de Carlos Álvarez obedecen a una sola razón: su enorme talento. Es decir, a sus cualidades y a su predisposición innata hacia la música. La realidad es muy distinta. Carlos Álvarez posee, sin duda, unas dotes vocales y un talento musical excepcionales. Pero, como todos los alumnos de conservatorio saben, un buen intérprete no puede llegar a serlo sin una formación sólida y continuada, sin un estudio diario y sin una disciplina rigurosa, similar a la de un deportista de élite. Se exige que la entrega sea constante, absoluta, total. Se debe vivir para la música, literalmente. Pasión, esfuerzo, disciplina, entrega: valores y actitudes imprescindibles en un intérprete y también en los que se consagran a la carrera académica en la Universidad. Méritos y actitudes comunes, que avalan nuestra solicitud de que Carlos Álvarez sea recibido entre nosotros como Doctor *Honoris Causa*.

Ningún gran profesional puede llegar a serlo sin humildad, sin compromiso con los demás, sin valores. El que es hoy un cantante consagrado, de fama mundial, nació en Málaga en el seno de una familia de clase trabajadora y se formó en el sistema público de educación, el mismo que hoy reconoce sus muchos méritos. Fue un niño deportista e intelectualmente inquieto, un estudiante destacado, que hizo compatible el atletismo y el canto coral con la trayectoria académica que compartía con sus compañeros de pupitre, primero en el colegio Gibraltair y, después, en el Instituto Santa Rosa de Lima. Al mismo tiempo que estudiaba, conseguía el título de "Entrenador Nacional de Atletismo", ejercía como monitor de natación y cantaba en la Escolanía de Gibraltair y en la Coral Santa María de la Victoria. Más adelante, fue uno de los miembros fundadores de la Coral Carmina Nova y del Coro de Ópera de Málaga, plataforma de

sus inicios profesionales. Por aquel entonces ya había iniciado sus estudios en el Conservatorio Superior de Música y en la Facultad de Medicina de la Universidad de Málaga. Finalmente, abandonó estos últimos para dedicarse por completo al canto, una profesión a la que él ha calificado de “supremo privilegio” y a la que ha llevado los valores que le inculcaron sus padres, Pepita y Carlos: la honestidad, la coherencia en las ideas y en los hechos, y la humildad, esa humildad que conserva hoy y que es el sello de los muy grandes. Y junto a estos valores, un convencimiento que comparte con Valle, su esposa, y, estoy segura, con muchos de los aquí presentes: la importancia, la absoluta necesidad, de que las nuevas generaciones tengan una educación, una técnica y una metodología de trabajo sólida, honesta. Eso ampliará los horizontes de su trayectoria profesional y les permitirá formar a los que intenten aprender de ellos.

Carlos Álvarez es el perfecto ejemplo de la persona que disfruta con el trabajo bien hecho y el perfecto ejemplo de la felicidad que el trabajo bien hecho produce en los demás. Este es el fin último de profesiones como la de intérprete, como la de docente, como la de médico, profesiones de fuerte impacto social, con vocación de servicio. Esta vocación de servicio, la misma que le llevó a estudiar Medicina, explica su compromiso con causas culturales y sociales. Siempre ha mostrado una gran preocupación por la situación sindical y profesional de los cantantes líricos en España. Participa en el proyecto denominado “Iniciativas Escénicas y musicales”, una cooperativa artística conformada en 2012 para propiciar el desarrollo de las artes escénicas en la provincia de Málaga. Es, además, Presidente de Honor de “Hogar abierto”, institución que se ocupa, fundamentalmente, del acogimiento familiar de menores en situación de desamparo.

El candidato a Doctor *Honoris Causa* también es un ejemplo de superación. En 2008, su exitosa carrera estuvo a punto de truncarse por una lesión en una cuerda vocal. Pasó por una época de incertidumbre profesional que duró tres años. En ese tiempo, como él mismo ha explicado en alguna ocasión, tuvo que reinventarse “no una, ni dos, sino hasta tres veces, tantas como intervenciones quirúrgicas fueron necesarias”. El tesón y el coraje que demostró son admirables y se ven aún más engrandecidos porque, después de esa etapa, tan dura, sólo se siente afortunado y agradecido, agradecido hacia una profesión que no es generosa en oportunidades, pero que siente que a él le ha dado hasta tres a la hora de retomar, con enorme éxito, su carrera como cantante.

No es fácil que en una persona se aúnen tanto talento profesional y tantos valores humanos. Tenemos la suerte de que esa persona sea un malagueño, que no ha olvidado

sus raíces, y que lleva el nombre de Málaga y de Andalucía por todo el mundo. Todo ello no deja ajeno al Departamento de Ciencias Históricas y a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga, que lo proponen como candidato a Doctor *Honoris Causa*, distinción que se uniría a otras que ya ha recibido: Académico de Honor de la Academia de Bellas Artes de San Telmo, Hijo Predilecto de la Provincia de Málaga, Medalla de Andalucía, Académico de la Academia de las Artes Escénicas de España, Medalla al Mérito en las Bellas Artes, Premio Nacional de Música y dos premios Grammy. Por todos los motivos expuestos, solicito al Rector, con toda consideración y encarecimiento, la venia para que le sea otorgado a D. Carlos Álvarez Rodríguez el supremo grado de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Málaga.

Muchas gracias